

ministro de Hacienda, el mucho trabajo que pedía, no compensado por la corta paga que daba, compensábase con las muchas y buenas relaciones anudables en las visitas oficiales. Lazowski, activo, emprendedor, ingenioso, por el año de aquella centuria ochenta y cuatro no pensaba en revoluciones; antes bien, se vestía con el mayor cuidado á lo petimetre verdadero; empolvaba su cabeza, como cualquier noble, con polvos blancos abundantes; é iba por el mundo con un reló en cada bolsillo de la chupa, y sobre talones altísimos, perfectamente pintados, á lo Luis XV. Sin empleo en la revolución, por haber suprimido el nuevo régimen las inspecciones de manufacturas, se hizo radicalesco. Su despecho le impelió, al verse ya sin camisa, el infeliz, á irse con los descamisados. Cayósele, mediante el tránsito, de su cabeza el polvo; y un pelo muy oscuro, pegado á las sienas, y unas botas de jornalero, muy gruesas, reemplazaron el peinado antiguo y los antiguos talones. Aquel hombre, de voz dulce y cortesanías maneras en tiempos monárquicos, tomó aguardentosa voz y gestos violentísimos y actitudes brutales en cuanto vió cerca la República. Pasábale á este realista frustrado lo que les suele pasar á cuantos trashuman desde las creencias monárquicas á nuestras creencias republicanas. Creyendo éstas ocasionadas sólo al mal y al error, se hacen malos y sofistas, para practicar su nueva religión y congraciarse con sus nuevos revolucionarios. Quien ha vivido, como yo, entre revoluciones continuas no extraña ningún fenómeno de los observados en la revolución y en los revolucionarios franceses. Recuerda que unas Cortes monárquicas proclamaron el año setenta y tres la forma republicana. Yo tenía un amigo y correligionario que se asentaba junto á mí en los escaños del Congreso, donde nos juntábamos cuantos componíamos la extrema derecha del partido republicano. Este correligionario, en cuanto proclamamos la República, se pasó á la extrema izquierda. Muy bien puesto y muy atildado antes, desde su conversión al radicalismo se vistió de zamarra, y de zamarra entró un día en las Cortes. «¿Cómo así?», le pregunté yo. «Desde que vino la República, me respondió, he creído indispensable vestirme de zamarra y desvestirme de levita». El hecho encierra toda una filosofía, como la conversión de Lezowski á los modales groseros desde que soltara las ideas monárquicas. Deben vernos los realistas por el ahumado lente de sus viejas supersticiones políticas, y mirarnos cual monstruos, con rostro rojo de borrachos y ojos siniestros de asesinos. Así no hay medio de que un monárquico pasado á la República se vaya nunca con el elemento más conservador; se va con el elemento más radical y más rojo. En España llamamos cangrejos á los reaccionarios. Y, en verdad, los monárquicos pasados ó conversos á los republicanos, parecen de suyo cangrejos. Mientras están en el agua fresca de la Monarquía, oscuros; así que los echáis al agua caliente de la República, se vuelven rojos. Lezowski pasó la vida en orgías; orgía de salón entre los monárquicos, orgía de taberna entre los republicanos. Esta existencia orgiástica le costó bien pronto la vida, é hizo de sus días últimos días febriles; de sus noches últimas noches delirantes. Tras una de esas

orgías, mandaba importantísima sección de los manifestadores, dándose aires de profeta exaltado para ocultar mejor la inania de sus creencias y de sus dogmas interiores. Quien sirve la revolución por creencia, cuida mucho de no mancharla; y quien la sirve por interés, impórtale poco mancharla, con tal que le granjee y le procure un lucro. Las ideas unen; los intereses desunen. Lezowski buscaba tan sólo una presa que devorar en el aquelarre de semejante manifestación, para él una cacería de prebendas políticas. Danton y Robespierre lo protegían; éste, por cálculo, por tener algún representante más hábil que su carnicero Legendre al lado de los revolucionarios; Danton, por las expansiones de su alma, encendida en el fuego de una revolución, fuego, al cual atribuía él una virtud como la que tienen las llamas de un incendio al alimentarse, así con elementos inmundos como con elementos purísimos, llamas que lo abrasan todo, pero también lo purifican. Estudiados los elementos directores de la manifestación, cosa imposible saber dónde iría. Los ideales son soles fáciles de conocer, fijar, estudiar. Las pasiones son cometas de incalculable órbita y carrera. Parécense á esos bólidos mudos y negros que, venidos de lo vacío, estallan y truenan y relampaguean y fulminan, al encenderse con el contacto de nuestro vivificador oxígeno. Muchos creen y dicen, sobre todo los escritores absolutistas, que las muchedumbres aquellas se proponían matar al rey. Falsa de toda falsedad especie semejante. Aún el pueblo no estaba desavenido entonces del Monarca; le quería cautivo y á sus órdenes; pero le quería de veras. El único á quien la muerte de Luis XVI aprovechaba en tal sazón, era Orleans, y Orleans contaba con muchos amigos en los cabilderos de la revolución, y con pocos en las muchedumbres. Luis XVI murió en el cadalso, porque las legiones extranjeras, llamadas por él y su familia, entraron en Francia.

Había en aquella época de la revolución instituciones recién fundadas, las cuales, aunque tuvieran sus límites muy bien señalados en las leyes, acostumbraban á traspasarlos con la mayor facilidad é iban allende lo permitido por las leyes mismas. Existía un Directorio de cada departamento, el cual Directorio, equivaliendo un poco á nuestra diputación provincial, cuerpo administrativo, se tomaba grandes facultades políticas; á modo de los antiguos Parlamentos, quienes jamás se satisfacían en sus buenos tiempos con juzgar, legislaban también y hasta compartían un poco por su derecho de registrar los acuerdos reales el poder real con los Monarcas. A este directorio pertenecían entonces Larrochefoucauld, Talleyrand, Roederer. Muy noble y patricio para tener influencia entonces el primero; muy ocupado en cosas mayores el segundo, arterísimo; la dirección de todo con la responsabilidad por todo caía en el bueno de Roederer, quien se opuso desde sus comienzos á la manifestación y se dirigió á la Milicia Nacional para impedir la. Pétion deseoso de complacer á todo el mundo, colocó una parte de la guardia nacional en las vías públicas para que celase la manifestación, y otra parte la mandó sin armas y sin uniformes á las vías públicas para que nutriera y engrosara la manifestación. Una idea le poseía



con verdadera posesión, la idea de impedir matanzas como la matanza del Campo de Marte, encuentros cruentísimos entre las dos mitades del pueblo armado, que lo perdiesen, como perdió á Lafayette y á Bailly el de marras sucedido ante los altares consagrados de la patria. Por lo tanto Pétion prescindía de Roederer y aspiraba tan sólo á que la manifestación popular fuese formidable para intimidar al Monarca y pasase sin mácula de sangre para él honrarse y honrar á París. Mas el director, el buen Roederer, no creía en este idilio, creía por lo contrario que iban los tumultuados á concluir con Luis XVI en el tumulto, y lo contrastaba, empleando todas sus fuerzas, aunque marrasen por necesidad, estrelladas contra la resistencia de Pétion, metido hasta las cachas en el ajo. Pero á medida que Roederer veía en Pétion una inercia más pasiva para oponerse al temible acto, redoblaba las porfías. Y mientras los manifestantes se dirigían al Congreso en la hora misma de abrirse las sesiones del día veintidós, Roederer á sus puertas llamaba y al llamamiento abríanse de par en par. El Director expuso todos los daños temibles; atribuyó á sorda conjura la manifestación; disertó sobre los dos objetos que aparentaba tener, un recuerdo de la jura en el Trinquete, una plantación del árbol de la libertad en el patio de la Cámara; pero temió que fuese todo más allá del propósito común de los manifestantes y se colase aquella manifestación pavorosa en las Tullerías con grave desacato al Monarca constitucional y con herida de muerte al sosiego público. Y las leyes municipales de Francia, con especialidad la ley municipal de París, se oponen á estas manifestaciones armadas por subvertidoras del orden y contrarias á las leyes. El ministro de la Gobernación pedía que se prohibiese por fuerzas armadas el increíble atentado de presentarse la manifestación al Monarca, malherido en sus facultades y amenazado de muerte. ¿Qué hacer, preguntaba el Director, qué hacer? Y en verdad no sabía en su angustia de qué árbol ahorcarse tan celoso magistrado. El Presidente con mucha calma le sosegó diciendo que tomaría el Congreso en justa consideración sus advertencias y que asistiese á las sesiones mientras no le llamasen á otro lado su deberes legales. Y mientras tanto la manifestación andaba, y andaba, dirigiéndose á las puertas del santuario. Entonces Vergniaud, que tenía el corazón y el pensamiento con los que á más andar iban acercándose, alzóse y dijo que por su opinión y sentir, sólo cabían en aquel sagrado recinto diputados sin armas y franceses pacíficos en demanda y en actitud de peticionarios humildes, pero que no se podía legislar sino con arreglo así á las tradiciones como á los antecedentes, y por éstos, el soberano Congreso anterior, mil veces admitiera manifestaciones armadas, con lo cual transmitía un uso y un ejemplo á sus herederos y sucesores, los cuales impedían cerrar aquellas puertas á los que se acercaban, movidos de afectos puros, sin ofenderles en su honra, y ofender con ellos á todo París. Este discurso de Vergniaud abrió la sesión á los manifestantes, y sentó una doctrina que más tarde le costó á su inmortal autor bien cara, pues la pagó con su vida.

No podía proposición de suyo tan temeraria, como esta proposición de Vergniaud, presentada con esperanza de fácil y feliz éxito, pasar y aprobarse sin que á su paso y aprobación precediera un rápido debate, angustioso, en verdad, por las externas presiones del pueblo y por la interna división del Congreso. Un representante, como Dumolard, se levantó; y sin oponerse abiertamente á Vergniaud, pues el grande orador ejercía un despotismo de palabra concedido á todos los grandes oradores por su auditorio, sin oponerse del todo á Vergniaud, recordaba estar vigentes disposiciones reglamentarias y usos parlamentarios, por los cuales no podían más de diez hombres asistir á la barra y menos aun al recinto del Congreso. Muchos rumores contradictorios acompañaron este valeroso discurso, y apenas concluido, muchos diputados se lanzaron á la mesa en busca de la palabra y de la tribuna. El presidente acalló tamaño tumulto, promovido por los que murmuraban sus impresiones, y por los que pedían hablar, notificando sin escrúpulo una carta de Santerre, en la cual dice hallarse á las puertas, grande multitud, pacífica y ordenada, con ánimo de conmemorar aquel día sagrado, en que la nación libre se constituyó dentro del Trinquete de Versalles; con lo cual revelarían al orbe que no se acababan los expugnadores de la Bastilla, los legionarios de la liberidad. Una parte del Congreso aplaude tales manifestaciones revolucionarias, mientras otra parte del Congreso protesta; y esta doble repercusión de los aplausos en las protestas y de las protestas en los aplausos, enseña cómo el estado mental y moral del Congreso no puede ser más infeliz, puesto que acusa irremediable perplejidad. El diputado Lassource, puede á gritos dominar el tumulto y añadir luego que le han llamado á una sala particular del edificio los comisionados ó cabezas de la manifestación y le han expresado como los manifestantes sólo desean presentar sus peticiones con reverencia y desfilar ante sus diputados con orden, pues, aunque traen un memorial dirigido á Luis XVI, lo dejarán sobre la mesa, disolviéndose, así que lleguen á la puerta de salida para irse cada cual por su lado y á su casa. Vergniaud insistió en su primera observación, insistió en que los reglamentos restrictivos de las manifestaciones dentro del Congreso se habían dado por los legisladores y se habían por las costumbres y usos continuos derogado. Tras estas insistentes palabras de Vergniaud, habló Ramond, y su discurso queda entre los más célebres de aquella época, no por modelo de parlamentaria elocuencia, por acto de poder moral. Ramond puso el dedo en la llaga recordando á Vergniaud que se admitieron peticionarios armados en aquel recinto, cuando la nación estaba muy lejos de constituirse y los diputados mismos de reglamentarse; pero ya escrita la nueva ley prohibiendo los manifestantes en armas dentro de aquel santuario nacional, nadie tenía derecho, ni los legisladores mismos, á derogarla con hechos después de haber ofrecido de palabra obedecerla y acatarla. Mientras Ramond más interesado se mostraba en estas observaciones, el presidente interrumpe de nuevo para decir que son muchos los manifestantes y apenas hay medio de contenerlos é impedir su irrupción en la sala de se-